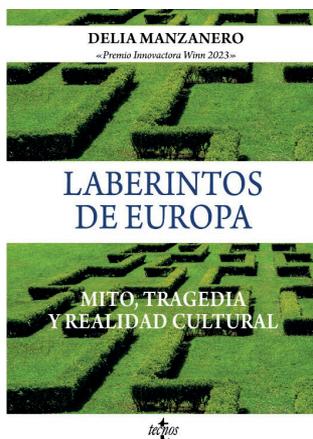


Laberintos de Europa. Mito, tragedia y realidad cultural

DELIA MANZANERO

Madrid, Tecnos, 2023; 228 págs.



Al tiempo que ensayo filosófico-político que explora un programa cívico, inspirado en lo más valioso de la tradición europea, *Laberintos de Europa* es también, y quizá incluso más, expresión de un compromiso inequívoco con la consecución de un ideal. Tan es así que se diría que la elucidación teórica, sin duda sustanciosa, se halla al servicio de una voluntad de intervención en la maltrecha situación de nuestro continente y, por extensión, de la humanidad toda. El libro, por su contenido doctrinal pero ante todo por la tonalidad de su escritura, transmite un innegociable *voluntarismo*. Da muestras de una notable capacidad para el diagnóstico epocal, pero promueve aún con mayor empeño una terapia para nuestros males. Ca-

bría resumirla en el lema ¡Más Europa!, aunque depurado de cualquier tentación eurocéntrica. De hecho, su vocación cosmopolita, universalista, sería, en la lectura de Manzanero, elemento nuclear del proyecto civilizatorio que llamamos Europa. Se constata que estamos *en* el laberinto, pero también se propone un hilo que permita salir *de* él. Algo ya sugerido por el subtítulo de la obra: *Mito, tragedia y realidad cultural*.

¿Por qué recurrir al *mito* para dar cuenta del *presente* europeo? Manzanero propone una hermenéutica del mito donde coexisten, en acentuada tensión, dos postulados. Por un lado, la convicción de que esos relatos fundacionales contienen claves imprescindibles para nuestra autognosis, pues «saben algo de nosotros que nosotros mismos no sabemos» (p. 11). Al trabajo reflexivo se encomendaría, pues, sondar la sustancia del relato mítico para que emerja su intrínseca verdad, proceder filosófico ampliamente ejercitado en la tradición, desde los estoicos a Schelling o Eliade. Pero junto a ese vector de exégesis *conservadora*, si no nostálgica, opera otro, de signo contrario, que, sospechando una mendacidad inherente a la palabra mítica, afronta la necesidad de someterla a análisis crítico. En Manzanero, la interpretación del legado mítico está hecha, a la par, de homenaje y crítica. Revisita mitos venerables para que emerja el potencial semántico velado por su literalidad, incluso subyugado por esta; lo perseguido es lo no-dicho del *logos* mítico. *Desde* el mito y *contra* él: tal es la apuesta. Se resuelve en el imperativo de «modelar o desplegar una nueva mitología, *una hermosa mentira útil*» (p. 46), apta para diseñar un orden social justo.

El escenario elegido es el Laberinto cretense. Teseo encarnaría, en efecto, al actual ciudadano europeo: sonámbulo o al borde de la ceguera, recorre desorientado las vías de un laberinto-mundo. En cuanto a Ariadna, sería alegoría del pensamiento: a la filosofía moral se encomienda la faena de dar expresión a aquellos principios o valores en función de los cuales humanizar un mundo herido. Tal sería, a primera vista, el papel del proyecto europeo como antídoto contra los males del presente, en los que el texto incide una y otra vez: el desafío ecológico; la pandemia hace poco superada, pero acaso premonitrice de catástrofes futuras; el irresistible ascenso de los neo-fascismos, con su cohorte de intolerancia y xenofobia; el creciente déficit de contenidos humanísticos en los programas educativos...

Esa lectura, sin embargo, puede conducir a perpetuar, aun aparentando lo contrario, el daño que se pretende erradicar. Que la crítica se invalide a sí misma si renuncia a la auto-crítica se constituye en axioma esencial. De reiterarse el paradigma épico del héroe, Teseo, que da muerte al monstruo execrable, el Minotauro, se legitimaría el imaginario violento omnipresente en la mentalidad mítica que tanto daño ha causado en la historia. Autocomplaciente y narcisista (o sea, innegociablemente eurocéntrica), esa lectura equivaldría a blanquear la barbarie acontecida, en el pasado colonial y en nuestro presente xenófobo.

De ahí la firmeza con que la autora activa el segundo de sus postulados, llamado a develar la violencia social naturalizada por ideologías infames. Contra-lectura, pues, del mito cretense. Inspirándose en Cortázar y Borges, Manzanero explora una versión alternativa del Minotauro, ya no engendro abominable sino más bien figura de una alteridad denostada por quienes ostentan el dominio. El Minotauro

es el *Otro* que, por poner en entredicho la dogmática etnocéntrica, es objeto de persecución o exclusión... si no de devastación genocida. Manzanero imagina un diálogo entre Teseo y el Minotauro que permite al primero un doble descubrimiento: dentro de sí, la monstruosidad que sus temores proyectaron sobre una entidad demonizada, sobre un chivo expiatorio; en este, la humanidad de un hijo repudiado y encerrado («del toro que es un hombre», como proclama un verso de *Laberinto*, poema borgiano).

Así las cosas, el laberinto de Creta materializaría una voluntad opresora, carcelaria, donde nos es dado reconocer el rostro menos amable de la historia europea. Otro padre y otro hijo, Dédalo e Ícaro, serían su figuración mitológica. El primero, artífice del presidio, acabará siendo víctima de su propia creación, confirmando la ley trágica: el héroe deviene hacedor de su propia desdicha. Algo igualmente presente en su hijo, Ícaro, quien incurre en la *hybris* del endiosamiento y la omnipotencia, transformando un vuelo de pretensión liberadora en caída fatal a las aguas marinas. En ese doble fracaso lee Manzanero la pesadilla del hombre fáustico, del europeo depredador que explota a otros pueblos y asola el medio natural.

Habrà, pues, que extraer de semejante escenario de devastación, social y ecológica, la lección que la tragedia ática promulga: frente a exceso y desmesura, la prudencia que sabe identificar, y practicar, el *mesotes*, la sensatez, «el proyecto compartido de libertad, de progreso y de bienestar europeo» (p. 14). Pero tal cosa exige una reconversión del hombre europeo, materializada en la renuncia a seguir construyendo laberintos, o muros fronterizos, que deshumanizan tanto a quien excluye como a las multitudes excluidas, «víctimas esencialmente mudas» (p. 32).

Conclusión definitiva de la obra: solo una reforma educativa ambiciosa puede aproximarnos a ese objetivo. Sin por ello infravalorar la relevancia de los logros tecnocientíficos, se reivindica una pedagogía que maximice la presencia de contenidos artísticos y humanísticos, muy en particular filosóficos, en los programas de todos los niveles educativos. Subyace a esa propuesta una idea del proceso formativo que se aleja de postulados intelectualistas. No se trata únicamente de difundir información, conocimientos, sino de modelar las conciencias de suerte tal que se consoliden en ellas los valores imprescindibles para una convivencia social digna. Necesidad del incremento del saber, por supuesto, pero también, acaso ante todo, de una *educación sentimental* capaz de erradicar la cultura del odio y reemplazarla por otra de la solidaridad, del reconocimiento del otro, del cuidado del semejante. Tal es el ideario desde el que *Laberintos de Europa*, fiel a la experiencia del krausismo (capítulo esencial en la historia hispana de las ideas, al que la autora ha dedicado buena parte de su investigación), diseña una consolidación, renovada, de Europa como proyecto civilizatorio.

Lucidez intelectual y compromiso ético-político imponen reconocer la angustiosa, por laberíntica, condición del hombre contemporáneo, también en el contexto europeo. Pero la inteligencia no tiene por qué incurrir en el derrotismo de un pesimismo cultural ensimismado en el lamento estéril: «Que no nos engañen: seguimos a la intemperie dentro del laberinto, pero la decisión sigue siendo nuestra» (p. 131).

Alberto Sucasas